



Anécdotas y relatos veterinarios

Ilustre Colegio Oficial de Veterinarios de Cádiz

Recopilación de historias enviadas por los colegiados

María Amores Rodríguez

Historia 1

Durante la época de COVID, en pleno confinamiento, me tocó sondar un gato imposible. Justo coincidió con la hora de misa online de mi parroquia y allá que me la puse en el móvil mientras le sacaba el pene al pobre animal. Entre tocamiento y tocamiento yo rezaba y me partía de risa, claro (parecía una loca sola). Como no podía, ya que estaba «en misa» me puse a pedir que me saliera y cuando introduje por fin la sonda, me puse a dar saltos de alegría y a santiguarme con las manos llenas de pipí del gato.

Historia 2

Tuve una cesárea de urgencias a las 5 de la mañana, por lo que tuve que llamar a mi jefa para que me ayudara. Somos de Rota y como está la Base Naval, hay muchos clientes americanos. Total, que les expliqué el consentimiento anestésico y me preguntaron si podían rezar antes. Les dije que sí y entonces nos cogieron a mi jefa y a mí de la mano y nos pusieron en círculo a hacer como un rito rarísimo en inglés, a lo que nos dio la risa a las dos y ella tuvo que salirse de la habitación. Yo me quedé intentando «controlar la situación» y «excusándola», pero la verdad que quedó fatal por nuestra parte. Menos mal que todo salió bien.

Raúl

Historia 1

Estaba haciendo un sondaje nasoesofágico a una yegua preñada, había allí un crío de 6-7 años muy travieso alrededor mía, me pregunta: «Raúl, ¿eso para qué es?», le respondo: «para meterle leche al potrito que tiene en la barriga, así que corre a tu casa y le pides a tu madre una caja de leche». Sale corriendo y a mitad de camino se para, se vuelve y me pregunta: «Raúl, ¿con Cola Cao o sin Cola Cao?». Lógicamente nos partíamos todos de risa.

Ana Lora González

Historia 1

Donde trabajábamos se le conocía a los antiparasitarios internos como «la pastilla del quiste» (por el tema del quiste hidatídico). Un día una mujer, mientras esperaba en recepción a que su hija saliera de consulta, le pidió a nuestra compañera de recepción que le diera «la pastilla del quiste», seguidamente se fue hacia donde teníamos la máquina de agua y bebió un vaso. Mi compañera me dijo que creía que se había tomado la pastilla, a lo que yo le dije que era imposible; me dijo que le preguntara, pero ¿cómo le iba a preguntar eso?! Entonces se me ocurrió decirle a la señora que me diera la pastilla que se la iba a meter en una bolsita para que no se perdiera, a lo que me responde que no me preocupe que ya se lo había tomado. La cara que se nos quedó a mí y a mi compañera fue de campeonato. Procedíamos a explicarle que la pastilla no era para ella sino para su perro, y la señora nos contó que llevaba años tomándosela cada 3 meses. ¡La persona mejor desparasitada del mundo! Aún me río cuando recuerdo a la mujer.

Ulises Santos Sánchez

Historia 1

Venía de trabajar en el cuerpo A4, los famosos inspectores de sanidad (antes de eso, trabajando en clínica de pequeños animales, no tenía mucha idea de quiénes eran), concretamente en la campaña de matadero en Jabugo (Aracena). Resulta que estaba inscrito en un proceso de selección, donde teníamos que hacer un examen, para un puesto de «bromatólogo» (técnico superior de nutrición y control de alimentos) en un hospital. No tenía pensado ir, pero me dieron dos días libres, y como venía a Cádiz, pues hice el examen (que fue en el Hospital Universitario de Puerto Real). El milagro se obró y fui el único que aprobó el examen. Los aprobados luego concursaban por méritos (ahí no tenía nada que hacer frente a compañeros con más experiencia), pero al ser el único, me nombraron interino. La anécdota no es puntual, es algo permanente, desde entonces, siempre que cuento dónde trabajo ya os podéis imaginar la respuesta de la gran mayoría de personas... —Soy bromatólogo. —¿Bromatólogo? ¿Qué es eso?... El que gasta las bromas, ¿no? —Somos veterinarios (y/o farmacéuticos) que trabajamos en un hospital. —¿Pero un hospital de personas??? ¿Qué hace un veterinario en un hospital de personas?? ¿Cuidar de sus mascotas?? Y así una y otra vez... ¡si supieran la de cosas que hacemos! y lo importante que es nuestro trabajo! Solo suelen acordarse de nosotros cuando pasa algo parecido a lo que pasó con la Listeria hace no mucho... pero esto irá cambiando... ¡o eso espero!

Historia 2

Eran las dos de la mañana y estaba de guardia localizada de urgencias (24h), en el centro de Sevilla tomando algo (sin alcohol, claro) con unos amigos. Me llamaron para una cesárea urgente, mis dos amigos estaban entusiasmados con la idea de ayudarme en ella, y como era tan tarde, sentí pena por llamar al auxiliar de veterinaria para que me ayudara. Así que allí que me fui con dos de mis mejores amigos. Fue todo genial, pero uno de ellos se mareó al final de la cirugía y salió de la sala, encontrándose con los dueños del animal. Los clientes lo confundieron con un veterinario y le preguntaron qué tal había salido todo. Mi amigo se encontró con la situación sin esperarlo, y de forma esporádica le salió del alma repetir todo lo que yo le había estado contando al final de la cirugía (menos mal que era todo positivo). Yo salí luego para contarle todo, y nada más salir del quirófano el cliente se acercó y me dijo que se alegraba mucho de que todo hubiera salido así de bien, que mi compañero ya le había contado... A día de hoy, los clientes aún no saben que mi amigo era repartidor y que había salido del quirófano porque se estaba mareando...

Patricia Sigalat Aguanno

Historia 1

Recién empecé a trabajar en clínica, estando de urgencias nocturna con el teléfono en mi casa, me llaman a las 2am y al contestar me habla una persona en inglés súper desesperada, entendí algo sobre su gato y una rata y un ataque o mordida... le pasé el teléfono a mi pareja que dominaba más el inglés y resulta que lo que ocurrió es que su gato atacó una rata y quería traerme a la rata moribunda.

María del Mar Rodríguez López

Historia 1

En 1997, ya ha llovido un poco, hice mi primera sustitución en el SAS como Veterinaria del Cuerpo Superior Facultativo de IISS Sanitarias. Estaba embarazada de casi 6 meses, sí, en aquella época se trabajaba en ese estado, eso sí, con mucho esfuerzo y más ilusión. Primero me llamaron para trabajar un mes en San Roque, y luego me volvieron a llamar para dos meses más en Los Barrios y en La Línea de la Concepción, y yo con más ilusión todavía dije que sí inmediatamente, sin pensar que tenía que dar a luz. Una de las anécdotas que me ocurrió el primer mes en San Roque fue al realizar observación en domicilio de un perro que había mordido, según el programa de prevención de rabia, concretamente un Chow Chow macho, negro muy guapo. La dueña muy simpática me invitó a entrar en su casa y me ofreció asiento en una mesa para que pudiera rellenar la documentación, el perrito no se separó de mí en todo el tiempo, me lamía los dedos de los pies pues llevaba sandalias en un caluroso mes de julio, mientras hablábamos la dueña comentó: «se nota que eres veterinaria, pues tiene mucho genio, eres el primer extraño que deja entrar en la casa...», en ese momento me puse roja, morada de todos los colores, se me vino a la mente cómo salir pitando de allí, sin darle la espalda al perrito. Al final salí sin daños, y trabajé hasta 15 días antes de dar a luz a mi segundo hijo Juanjo.

Rosalía Gutiérrez Sánchez

Historia 1

Parece que fuera ayer. Corría el año 2003, un año después de acabar la carrera de veterinaria. Encontré trabajo en una empresa en la provincia de Pontevedra. Debía trasladarme a vivir a Lalín. Empezaba un trece de enero. Cogí un tren cama el día anterior haciendo el trayecto desde Jerez con trasbordo en Madrid y Madrid-Lalín. Recuerdo que al llegar a las 6 de la mañana a la estación de Lalín no había nadie en el andén, estaba oscuro, aún era de noche y además hacía frío (el día anterior había nevado). Ese mismo día debía presentarme en la oficina comarcal de Lalín donde me presentaron a mi compañera, una gallega de Pontevedra, veterana en ese puesto. Luego cogimos un coche, un Peugeot 306 blanco de renting que la empresa nos ofrecía. Ella tenía la planificación semanal que debíamos hacer. Nada más salir, con gran rapidez nos dirigimos a A Estrada y desde allí a los concellos o pequeñas aldeas donde se encontraban los establos de vacas, generalmente Rubias Gallegas, para realizarles el saneamiento. Yo aún no era muy diestra en este trabajo, pero pronto me hice a la labor. Me dispuse a coger cada rabo de cada una de las vacas e irles sacando la sangre de la arteria coccígea. A la mañana siguiente, María me presenta a los demás compañeros veterinarios de la zona. Todos estaban muy animados y les encantaba contar «batallitas» de la jornada anterior mientras desayunábamos. Totalmente vestidos con trajes impermeables de los pies a la cabeza y con botas de agua, partimos para realizar nuevos saneamientos. Esta vez tocaba viajar al sur de Pontevedra, donde había rebaños reducidos y muy dispersos de ovejas. Este trabajo era aún más cansado, ya que era necesario primero encerrar las ovejas que a veces andaban sueltas por el prado. Luego, una vez sostenidas allí por una fuerte mujer gallega, íbamos sacando sin parar sangre en la vena yugular de cada animal hasta acabar con el último del día. Tocaba regresar de nuevo al pueblo a descansar y volver con la misma rutina al día siguiente.

Historia 1

Estaba yo una tarde en la clínica, hace ya más de quince años, trabajando con normalidad cuando suena el teléfono. Se trataba de una cliente, un tanto peculiar, ya que tanto ella como su marido solían venir a la clínica bastante ebrios. Tenían un perro de raza Collie el cual llevaban con regularidad a sus tratamientos y vacunas, así como a baño y peluquería; debían fumar también bastante porque el olor a tabaco que portaba el perro estaba impreso en su piel y no había perfume capaz de cambiar eso.

—Buenas tardes, clínica veterinaria, ¿en qué puedo ayudarle?

—Holaaa, Khan se ha puesto muy maliito, no se puede levantar y se hace todo encima, creemos que ha llegado la hora de sacrificarlo, ya es mayor y no queremos que sufra.

—Oh, vaya, pobre Khan, vale, si lo tenéis decidido, acercádmelo a la clínica y aliviaremos su sufrimiento.

—Ven tú, ¡no lo voy a meter en el coche con la peste que tiene!

—Lo siento, pero ahora mismo no puedo ir, estoy sola en la clínica y estoy atendiendo, tendría que ser al final de la tarde.

—¡Pero tiene que ser ahora!

—En ese caso intente envolverlo en una sábana o toalla y métele así en el coche para que no le ensucie.

—Vale, lo intentaré. Pasó un rato y suena nuevamente el teléfono:

—Buenas tardes, clínica veterinaria, ¿en qué puedo ayudarle?

—Soy yo otra vez, ven ahora, que no puede esperar más.

—Ya le he dicho que ahora mismo no puedo desplazarme, si quiere que sea ya tiene que traerlo, envuélvalo en una sábana o toalla como le dije.

—¡Qué pesada con la sabanita! ¡Otra vez con la sabanita!

—Lo siento, es lo que puedo decirte ahora, si quiere que vaya espere a que termine y me acerco. Pasan diez o quince minutos y aparece el marido, bastante «perjudicado» y me dice que trae a Khan. Salgo a ayudarlo al coche y ¡ahí estaba el perrillo envuelto en la sabanita! El dueño ya tenía la decisión bien tomada, lo sedé y me dispongo a cogerle una vía. Le rasuro, le pongo el compresor, mientras el dueño se tambalea a mi lado intentando mantenerse lo más firme que le permite su estado, pero con una risa bastante inquietante, me dice:

—Míralaaaa, mira cómo le busca la venaaa, ¡asesinaaaa!

—Por favor, no me diga eso, que ya es bastante desagradable la situación.

—¡Guau! ¡Cuidado que te muerde! —me decía mientras ponía su mano por medio para entorpecer el trabajo—. A cuántos perros habrás asesinado ya, y ahí estás, tan tranquilaaa, jajajaa. Cuantas más cosas decía, más perpleja me quedaba; en lugar de centrarse en despedir a su querido animal prefería hacer bromas muy desafortunadas y tropezar de un lado a otro mientras se reía a carcajadas cual malvado de película. Sin duda una eutanasia que nunca olvidaré (aunque me hubiera gustado) y que quedará para siempre entre las «cosas raras» que me han pasado a lo largo de la profesión.

Historia 1

Llamada de teléfono:

—Buenos días, ¿es el veterinario?

—Sí, ¿qué desea?

—Mire, soy Juan del Rancho de la Cigarra, ¿podría venir lo más rápido que pueda? Tengo una novilla que acaba de parir y no se levanta del suelo.

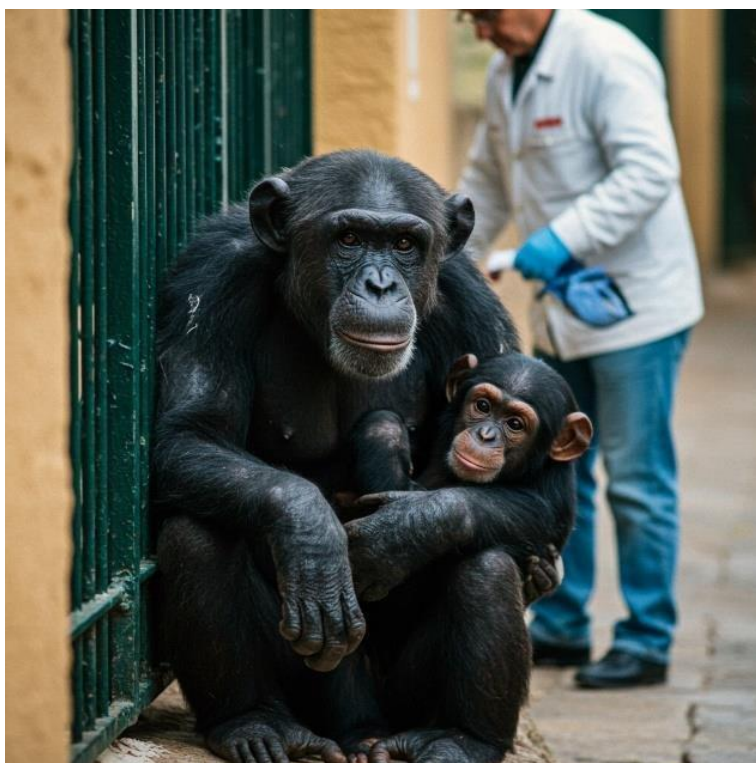
—Claro, por supuesto, ahora salgo para allá, en media hora estoy en el Rancho. Juan, ¿la novilla ha parido en el cobertizo o fuera de él?

—No, no, está en medio del campo.

Cuando llego a la cancela del rancho, después de varios carriles, veo con estupor que efectivamente la novilla estaba abajo de una colina, con el becerro a su lado. Pensé de inmediato que estaba muerta, ya que junto a ella había una veintena de BUITRES. Como loco, lleno de temor, me dirijo con un palo que encuentro ladera abajo para ahuyentar a las aves y así poder salvar al becerro. Estas se hacen a un lado, comprobando que el becerro está bien, pero la novilla está viva, con un proceso de hipocalcemia (fiebre de la leche). Los animales se estaban comiendo las partes más blandas de la pobre novilla, con grandes desgarros en la zona de la vulva, región perineal y mamas. Subo al coche lo más rápido que puedo para recoger lo necesario, instrumentos de coser las heridas, jeringa para ponerle calcio en vena, que aunque no fuese muy ortodoxo (hay que hacerlo mediante gotero) la situación es extrema; le suministré el calcio, 100 CC en vena directamente, así como un anticoagulante, bajé raudo para empezar a coser las heridas, siempre con la vista puesta en lo que tenía detrás de mí, sin olvidar el palo que siempre estaba a mi lado y escuchando los ruidos que hacían estas enormes aves; desconozco si estaban gruñendo, mugiendo, cacareando o se estaban burlando de mí. Jurando para mí: ¿dónde carajo estaba Juan? que había dejado a la novilla y al becerro solos. Cuando aún no había terminado de coser todas las terribles heridas producidas por los picos de los buitres, la novilla se levantó y se puso a andar. En este momento llega el dueño, que creía que la misma estaba muerta y había ido a la casa a coger una cuerda para llevarse al becerro. Subimos las colinas, y ya en la manga de las corraletas del Rancho se pudo terminar de coser los colgajos de carne en que se habían convertido dos cuarterones de las ubres; en el suelo del campo había conseguido cerrar toda la parte posterior de la novilla. Una vez terminado todo y puesto algo de antibiótico y un antiinflamatorio, aseguré a Juan que al día siguiente volvería a ver cómo se encontraba la novilla. Al día siguiente, casi al alba, llegué al Rancho la Cigarra, pregunté a Juan qué tal estaba la novilla y el becerro. Me dijo que al becerro le había dado leche de otra vaca que también estaba recién parida y que la novilla había comido, había rumiado y que la encontraba bien dentro de lo que cabe, pero que veía que estaba empujando mucho. Le aseguré que podía ser que los puntos le hicieran empujar, diciéndole que la metiese en la manga para ver. Cuando entró en la manga me di cuenta de cuál era el problema: con las prisas, en el momento de coser los colgajos que componen la zona de ano, periné, vulva y zona perineal, todo lo había cosido de corrido, sin ninguna duda por la situación tan extrema en la cual me encontraba; la orina estaba saliendo entre las costuras, pero no había salida para las heces. Por lo tanto, una vez más tranquilo, se hizo una pequeña abertura abotonada para la salida de la orina y otra en forma de ano para la salida de las heces. Después de una visita más, la novilla se volvió al campo. Algunos meses más tarde pregunté por ella, asegurando el dueño que la estaba engordando para mandarla al matadero. Para mí es una experiencia difícil de olvidar, y cuando en los demás años como veterinario de campo divisaba en los cielos estas aves, siempre me acordaba de esta experiencia y de lo mal que se pasa cuando tienes a menos de treinta pasos detrás tuya a estas aves de gran tamaño.

Historia 1 - *Escape en el ZooBotánico de Jerez: una lección de nobleza inesperada*

Era 1992. Plenas obras de renovación en el ZooBotánico de Jerez. Una tarde, sobre las 16:30h, saltó la alarma: Guillermo, Lola y la pequeña Lulú, tres chimpancés, ¡estaban fuera de su recinto! Un barrote roto había creado el hueco. Peligro extremo e inmediato: su fuerza es inmensa, su reacción fuera de control, impredecible para el público y el personal. Tras la rápida evacuación del público, los chimpancés se movieron con cautela por el Zoo. Un vigilante, controlado a distancia, se refugió en el restaurante; Guillermo arremetió contra el cristal (que aguantó milagrosamente), antes de seguir su «paseo». Luego desafiaron al encargado en la salida y, para nuestra angustia, ¡cruzaron el límite hacia la barriada anexa! Los veterinarios, Miguel Ángel y yo, fuimos alertados de inmediato. Miguel Ángel llegó primero a preparar el equipo de sedación; yo, 20 minutos después. La tensión en la calle era altísima. Ocurrió lo increíble: un hombre intentó amedrentar a Guillermo a bastonazos, niños le hacían gestos. Sorprendentemente, el chimpancé, quizás aturdido por su insólita libertad, ignoró las provocaciones y siguió de largo, evitando una potencial tragedia. Las hembras buscaron refugio en el tejado de Cartonajes Tempul. Conseguimos que bajaran. A la pequeña Lulú, muy asustada, pudimos tomarla de la mano y, pegada a nosotros, caminó los 200 metros hasta el Zoo. La captura de Guillermo fue el momento más crítico. Tras acorralarlo, se lanzó en un display agresivo directo hacia Miguel Ángel. Una imagen aterradora que se le quedó grabada y le provocó pesadillas. Con pulso firme, Miguel Ángel disparó el dardo anestésico. Mientras hacía efecto (unos diez minutos), ocurrió lo más insólito y surrealista del día: abrimos la puerta de un coche Z de la Policía Nacional cercano, ¡y Guillermo, medio sedado, se metió dentro a esperar tranquilamente! Lola también fue recuperada de la fábrica. Fue una tarde-noche de máxima tensión. El miedo real, la boca seca como lija, no lo sentimos hasta después, pensando en el riesgo y la dura posibilidad de tener que sacrificarlos, a pesar del cariño que les teníamos. Pero aquellos chimpancés, en su momento de total libertad y estrés, demostraron una nobleza extrema al no agredir a nadie. Esa lección, nacida en el ZooBotánico de Jerez, me conmueve aún hoy. Es un recordatorio de la complejidad de la vida salvaje y la inesperada nobleza que podemos encontrar.



Historia 2 - Una broma en el ZooBotánico de Jerez que todavía recordamos

A finales de los años 80, los que empezábamos nuestra andadura como veterinarios en el ZooBotánico de Jerez vivíamos una etapa de mucho aprendizaje y dedicación. El Zoo, además, funcionaba como un centro de recuperación de fauna silvestre, lo que implicaba un volumen de trabajo considerable con la llegada constante de animales como rapaces de diversas especies, camaleones, erizos... En aquellos fines de semana de guardia, contábamos con la inestimable colaboración de algunos de los taquilleros del ZooBotánico. Ellos realizaban sus tareas a primera hora de la mañana, antes de la apertura al público, y con una excelente disposición y ganas de ayudar, se ofrecían a echar una mano en el manejo y la alimentación del considerable número de animales que llegaban al centro de recuperación. Con ellos compartíamos esos inicios de jornada, un café rápido y forjábamos una confianza basada en el trabajo en equipo para que todo saliera bien. Fue en ese contexto de compañerismo mañanero donde nació una anécdota que, casi cuarenta años después, seguimos recordando con una mezcla de asombro y risas. Teníamos un búho disecado, y decidimos gastarle una pequeña inocentada a uno de estos compañeros taquilleros, quizás uno de los más aplicados o, quizás, uno de los que mostraba más respeto (o miedo disimulado) a las rapaces. Colocamos el búho disecado en una de las instalaciones, en lo alto, sobre un tronco de madera que tenía una ligera inestabilidad, en un punto donde no era lo primero que veías al abrir, pero sí al acercarte. Le dijimos seriamente que ese era uno de los nuevos «inquilinos» del centro de recuperación y que su tarea del fin de semana sería alimentarlo. Y para nuestra sorpresa (y disimulada contención de la risa), el compañero, con toda la seriedad y dedicación del mundo que le caracterizaba, fue fiel a su tarea. Le puso su ración de comida ¡tanto el sábado como el domingo! Lo hizo a primera hora, como parte de sus rutinas matutinas, sin inmutarse, sin percatarse en ningún momento de la evidente inmovilidad del animal, de que no parpadeaba, ni respiraba, ni, por supuesto, comía. Llegó el lunes y, al ir a revisar la instalación, encontramos la comida de los dos días intacta, justo donde él la había dejado. Al preguntarle, su explicación superó cualquier expectativa: nos contó, con total convicción y un punto de vergüenza al darse cuenta, que él estaba ¡completamente seguro de que el búho estaba vivo y se movía! Según nos relató, el miedo que le imponía el ave, combinado con el movimiento al abrir la puerta de la instalación, hacía que el búho «oscilara» sobre su percha inestable y diera la perfecta sensación de estar vivo. Hoy día, aquel compañero ya está jubilado. Cada vez que nos cruzamos o alguien saca el tema, la anécdota del búho disecado vuelve a la conversación. Para él, dice que fue una lección importante sobre «fijarse mejor» y sobre cómo los animales pueden ser... sorprendentes. Para nosotros, los veterinarios que dábamos aquellos primeros pasos en el ZooBotánico de Jerez, fue un recordatorio de la humanidad que rodea nuestra profesión, de los lazos que creamos con quienes nos ayudan a diario (sin importar su edad o función principal), y de cómo hasta la broma más simple puede convertirse en un recuerdo entrañable que perdura décadas, formando parte de nuestra historia personal y profesional como veterinarios en la provincia de Cádiz.

Historia 1 - *Vuelo sin motor*

Me avisaron un día de que había volcado un camión de ganado en el mismo pueblo, y que había animales heridos y moribundos. Al llegar me encuentro un camión de dos plantas volcado con varios terneros dentro y otros que se habían escapado por las calles del pueblo. Me indica la Guardia Civil que hay un ternero malherido en un pequeño terraplén, con un gran charco de sangre, que vea si puedo sacrificarlo, pues un tiro en medio del pueblo es muy peligroso. Me acerco con cuidado y el animal, al verme, se levanta y se arranca hacia mí. Aquí indicar que estos terneros provenían de un cebadero cercano, y debido a la lengua azul habían estado varios meses de secuestro sanitario; tenían casi dos años de edad y casi 1000 kg de peso. Corrí con todas mis fuerzas, pero me alcanzó y me dio una cornada en la pierna, que me levantó 3 ó 4 metros de altura, y me lanzó hasta la calle donde aparecí volando literalmente. El animal se vino detrás y me golpeaba contra el suelo, conmigo agarrado a los cuernos, defendiéndome con patadas para que no me aplastara contra el suelo el pecho o la cabeza. Ni que decir que el público y la Guardia Civil huyeron en desbandada y me dejaron solo, con el animal dándome cabezazos y yo rodando por la calle, hasta que se distrajo un momento y pude escapar. Mi preocupación fue avisar a mi familia de que estaba bien y que no me hubiera grabado el equipo de Canal Sur que estaba allí, pues las imágenes eran épicas. Los animales se encerraron trayendo unas vacas cercanas, usadas como cabestros, y se sacrificaron en matadero al día siguiente, y yo estuve dos días en la cama sin poder moverme de la paliza.

Historia 2 - *Vacas a domicilio*

Estaba una tarde en la consulta, y llegó un ganadero preguntándome si le podía vacunar unas novillas que había comprado, de «lobado» (carbunco). Le dije que sí y me contesta que las tiene en la puerta. Este hombre era transportista de ganado y había aparcado el camión en la puerta de la consulta. Me insistió y tuve que vacunar los animales subiendo por los laterales del camión, ante la mirada de numerosos espectadores.

Historia 3 - *La experiencia es un grado*

Un caso clínico que siempre recuerdo sucedió recién llegado a esta provincia de Cádiz. Empecé a trabajar como ayudante en un equipo de varios compañeros al cargo de un veterinario de gran prestigio y experiencia. Era finales de verano y avisaron desde una dehesa en la sierra de la muerte de varias vacas retintas de manera repentina. Nos dirigimos rápidamente allí, con instrucciones de nuestro jefe de abrir el rumen y examinar su contenido. Nos encontramos cinco vacas muertas, a las que hicimos la necropsia a las 4 de la tarde en verano, con los guantes de plástico hasta los hombros. El calor era insoportable y las lesiones muy escasas, alguna alteración hepática y renal muy leves. El rumen estaba repleto, habían muerto comiendo. Volvimos derrotados y le comentamos al jefe el caso, y lo vimos reírse, comentándonos que ya sabía lo que pasaba desde que llamaron. La clave estaba en la llamada telefónica. Las vacas estaban pastando en un cercado que estaban gradeando con un tractor, y en esta época crece el cardo de lirio o ajonjera, que al remover la tierra deja al descubierto sus raíces, que son muy venenosas; por eso nos insistió en examinar el contenido del rumen.

Historia 4 - *Celo profesional*

Ese día no se me olvidará en la vida, el 9 de octubre de 2009. Sentí un malestar enorme, con dolor de estómago muy intenso y mareos. Debía ser una indigestión o un cólico. Recordé que había quedado en la consulta para castrar un gato, el cual debía estar en ayunas, por lo que acudí a mi obligación y, a pesar de mi estado deficiente, anestesié y operé el gato. Después de la operación me dirigí a Urgencias y me enviaron en ambulancia hasta el hospital. Tenía un infarto agudo de miocardio, con dolor reflejado en el estómago en lugar del pecho o el brazo. Había operado al gato en pleno infarto.

Historia 1 - *Diagnóstico por impacto*

Año 1985, Valle de los Pedroches. Me estrenaba como veterinario rural y me tocaba visitar al mayor ganadero de ovino de la provincia de Córdoba. Había muertes en el rebaño y querían diagnóstico, tratamiento y, si cuadraba, un acuerdo sanitario. Iba concentrado, repasando mentalmente posibles causas... cuando, a pocos kilómetros de la finca, ¡una oveja se cruza en plena carretera! No pude evitarla. La atropelló. Murió en el acto. Y lo mejor (o peor): ¡era del mismo ganadero! Examinándola, descubrí que tenía torneo por cenúros en el cerebro. Así que, sin querer, llegué con el diagnóstico hecho. El ganadero, entre la pena y el asombro, firmó el acuerdo. Yo, más aliviado que orgulloso, entendí que, en el campo, a veces, los casos «te caen del cielo»... o se cruzan en la carretera.

Historia 2 - *¿Radiactividad en Conil? No, solo oxígeno (y mucha vergüenza)*

Años 90. Yo era responsable de sanidad ambiental en el distrito sanitario de La Janda. Una nueva directiva nos exigía controlar el oxígeno disuelto en las aguas de baño. Teníamos solo un aparato, grande, pesado y poco discreto. Como coordinador, quise entender bien su uso, así que decidí hacer yo mismo las primeras mediciones. ¿Cuándo? Pues los fines de semana, que era cuando podía... justo con las playas a tope de bañistas. Allí iba yo: en bañador, chanclas y sombrero, metido hasta las rodillas en el agua, sujetando un armatoste lleno de cables como si fuera a lanzar un satélite. Los bañistas me miraban. Se acercaban. Susurraban. —«¿Está midiendo radiactividad? ¿Como en Palomares?». Y yo, sonriendo como podía, decía: —«No, no... oxígeno. ¡Solo oxígeno!». Pero entre tanta mirada fija y tanta teoría conspirativa, salía de la playa rojo... no por el sol, sino por la vergüenza.

Historia 3 - *Un 11 de septiembre... muy distinto al que todos recuerdan*

Aquel 11 de septiembre de 2001 yo tendría que haber estado de vacaciones. Pero como buen colaborador, atendí la llamada del coordinador de servicios: no encontraban sustituto para la guardia de ese sábado para el control de reses cinegéticas en una industria, sala de tratamiento en La Muela, donde estaba asignado como control oficial. Así que allí fui, como un día cualquiera. Realicé el control de las piezas de caza que llegaron esa madrugada. Todo normal... hasta casi el final de esa mañana. Los dueños de la industria aparecieron, algo entonados y visiblemente agresivos. Estos, con la excusa de ver que una de las reses debía ser decomisada por tuberculosis, no solo protestaron: rompieron barreras, me empujaron, me insultaron y me amenazaron. Yo, con la mayor calma que pude reunir, recogí mis cosas, salí de la industria y me fui directo a la Guardia Civil de Vejer a denunciar por agresión y coacción a un agente de la autoridad en acto de servicio. Al llegar a casa, con mi hermano y su familia de visita, mi historia quedó en segundo plano: todas las pantallas mostraban las Torres Gemelas cayendo en directo. Lo mío parecía poco, pero tuvo sus consecuencias: hubo juicio, los agresores fueron condenados a días de cárcel y multa, y a mí me reubicaron en otra zona para garantizar mi seguridad. Ese 11 de septiembre no lo olvido. Ni por lo personal... ni por lo histórico.

Historia 4 - *Saneamiento*

En los comienzos del saneamiento había casi que perseguir a los ganaderos y atraparlos a lazo. Con unos listados en papel íbamos llamándolos a sus casas para citarles, normalmente a las horas más intempestivas, por la noche o en plena siesta, ya que no había teléfonos móviles y era la única forma de contactar con ellos. Algunos eran ilocalizables y se le pedía a sus vecinos que les avisaran. A otros te los encontrabas en las ventas, punto de reunión fundamental en el campo. Otros simplemente aparecían por la finca donde estábamos trabajando desde una explotación colindante, para concertar la faena. En una ocasión me paró un señor mayor en un carril de Tarifa.

—¿Es usted el veterinario?

—Sí señor.

—Es que tengo que sanear el ganado, pero me falta alguna vaca, ¿podemos hacer las pruebas? Era más importante meterlos en la rutina de los análisis y hacerse una idea del estado sanitario de la comarca que analizar la totalidad del rebaño, así que la ausencia de algún animal era un problema menor.

—Pues hombre, si no son muchas... ¿Cuántas vacas le faltan?

—Pueeees 4 ó 5, creo.

—Vaya... y en total ¿cuántas vacas tiene usted?

—Pueeees 5 ó 6, creo.

Historia 5 - La cabeza

Ya casi no nos acordamos, pero la crisis de las vacas locas que sacudió de lleno a nuestros sectores sanitario y alimentario nos cayó de lleno a los veterinarios. Corría el mes de enero de 2001. Tras los casos detectados en el Reino Unido la preocupación dio paso a la alarma en España, al aparecer los primeros resultados positivos de animales procedentes de Galicia. Los programas divulgativos en televisión y radio sobre las Encefalopatías se multiplicaron y a través de sus interesantes intervenciones supimos de un entonces prácticamente desconocido profesor Badiola, un catedrático de Anatomía Patológica de la Facultad de Veterinaria de Zaragoza, especialista en la materia, que estaba al frente del único laboratorio capaz de diagnosticar la enfermedad en los animales muertos. Badiola se convirtió en una figura mediática omnipresente que se dedicó en cuerpo y alma a combatir la desinformación al respecto. Aquí en Cádiz, de un día para otro y en medio de muchos nervios, órdenes y contraórdenes, se ordenó por fin la aplicación de la normativa y hubo que analizar el tejido nervioso de todos los bovinos —a partir de cierta edad— sacrificados en los mataderos, previamente a su consumo. En el Departamento de Sanidad Animal aún estábamos preparando un operativo para desempeñar esa tarea cuando llegó el primer aviso del matadero de Puerto Real. Acababan de sacrificar una vaca ya vieja y los compañeros de Salud no disponían del material necesario para el muestreo, así que mi jefa me envió al matadero para realizar el muestreo. Excepto por el miedo al contagio de una enfermedad desconocida, parecía un trabajo cómodo al disponerse allí del material necesario y el personal dispuesto a hacer la tarea más fácil. Llegué al matadero y efectivamente allí estaba la cabeza de la vaca sobre una mesa de acero.

—«Ahí la tienes» —me dijo el veterinario de Salud.

—«Perfecto, ¿me la podrá abrir algún operario para acceder al encéfalo?».

—«Sí, hombre, y que el polvo del hueso y el tejido cortado con la sierra contaminen todo el matadero de priones y muramos todos».

—«Pues a ver cómo queréis que tome la muestra».

—«Como tú quieras, pero esa cabeza aquí no se abre».

La actitud del compañero puede parecer ahora chocante (a mí me lo pareció) pero en el contexto de pánico y presiones que estábamos sufriendo en aquellos días nadie quería tomar decisiones arriesgadas. Las instrucciones oficiales no aclaraban gran cosa y, por otra parte, implicarse más de la cuenta y equivocarse podría ser una temeridad de cara a la salud pública. Por mi parte, la muestra tenía que llegar íntegra hasta el laboratorio de Zaragoza y el tejido nervioso es muy lábil, así que el envío era muy urgente. Por más que intenté razonar con mi compañero, la autoridad en el matadero era suya e incuestionable, así que llegamos a un punto de bloqueo. Ante esta situación y después de darle muchas vueltas, concluí que la única opción era enviar al laboratorio la cabeza completa... pero

¿cómo? Opté por acercarme al cercano hospital de Puerto Real, me identifiqué como veterinario y pregunté por alguna caja de poliespán lo más grande posible, quizá de algún envío de vacunas o medicamentos. Milagrosamente apareció la caja, un monumental recipiente cuadrado de casi un metro de lado. Compré todo el hielo que pude en una gasolinera y me volví al matadero. La solución le pareció adecuada al compañero y la canal quedaría refrigerada hasta la llegada del resultado. Afortunadamente sí accedieron a cortar los cuernos al no penetrar la sierra en el cráneo, pero aun así le calculé al monumental cabezón por lo menos 30 kilos de peso. Metí la cabeza en la caja, añadí todo el hielo que cupo y la cerré y envolví con precintos de la Junta de Andalucía. A duras penas la cargué en el maletero del coche y me fui a SEUR (teníamos una cuenta de clientes que se hizo cargo del envío a cambio de una pequeña fortuna). Y ahí se fue la cabeza camino de Zaragoza, a donde debería llegar en 24 horas. Al par de días sin noticias empezaron a llamarme nerviosos desde el matadero. Que qué se sabe del resultado, que si la canal no puede quedarse aquí más tiempo, que si el ganadero no ha cobrado, que si el carnicero nos va a denunciar... Me armé de valor y, pasada una semana, llamé por fin al laboratorio.

—«Oiga, ¿Laboratorio Nacional de Encefalopatías? Mire, llamo desde Cádiz... es que estoy esperando un resultado...».

—«¿De Cádiz? ¡Tú eres el de la cabeza!» —me cortó en seco—. «Pero hombre, ¿a quién se le ocurre?». Pensé que estaba hablando con algún conserje y la verdad es que no me gustaba el tuteo ni el tono.

—«Perdone, ¿con quién hablo?».

—«Soy el profesor Badiola».

¿Sabéis esa sensación que tiene uno cuando ha metido la pata hasta la ingle? Pues eso... No veas la bronca que me cayó. La cabeza tardó varios días en llegar al meterse un fin de semana por medio, perdió por supuesto el frío y cuando abrieron la caja en Zaragoza casi tienen que abandonar el edificio, primero por la peste insoportable y luego por el líquido nauseabundo que salió del recipiente inundando toda la sala.

—«Vaya, perdone profesor, pero es que... no pensaba que usted mismo cogiera el teléfono... no hubo otra manera... en fin, no se lo cuento que la historia es larga... pero... ¿y el resultado? Es que me están llamando del matadero y...».

—«¿El resultado? ¡¡La cabeza entera y podrida fue al crematorio de la Facultad, por Dios!!».

—«Ah, eeh... ya... claro, normal... bueno, bueno... me alegro de saludarle, Dr. Badiola... adiós, adiós...». Y colgué como un cobarde. Algún tiempo después asistí a un magnífico curso sobre Encefalopatías dirigido por el propio Badiola. En un descanso me acerqué al estrado y —superando la vergüenza— empecé a presentarme.

—«Profesor, verá... soy Agustín Fernández, de Sanidad Animal de Cádiz... yo... hace unos meses...».

—«¡Tú eres el de la cabeza! Vaya mal trago, ¿eh? Fueron días de muchos nervios y se cometieron muchos errores. Pero los veterinarios estamos para eso, para resolver problemas. ¡Anda, ven hombre y... dame un abrazo!».

Gema Rodríguez Sotelo

Historia 1

Era un sábado noche, con el teléfono de urgencias, y me llama una familia con un ataque de nervios para que acudiera a la clínica a ver a su perro (chihuahua) porque su otro perro (American Stanford) le había dado un golpe. Me dispongo a salir de casa, cuando me llama un número súper largo que resulta ser de la comisaría de policía, preguntándome si iba a acudir a la urgencia que le habían llamado sus compañeros que estaban haciendo la ruta... le confirmo, cuelgo y a los 5 minutos vuelve a llamarme otro número (policía de nuevo) para «darme permiso» para aparcar en cualquier carga y descarga, línea amarilla que hubiese en la zona, y que no tuviese que perder el tiempo en buscar aparcamiento... Tal había sido el jaleo que montaron esos tutores en su casa, que los propios vecinos alertaron a la policía de gritos y se vieron involucrados en toda esta historia. Finalmente, el perrito, que estuvo en coma varios días, se recuperó casi por completo.

Ricardo Enrique Hidalgo Andrey

Historia 1

Ejerciendo como veterinario titular sustituto en Conil de la Frontera, con poco más de 25 años, un ganadero solicitó mis servicios. Pertenecía a una familia conocida en el municipio como «Los Limpios», por su probada honradez, aspecto sencillo pero aseado y por su demostrada nobleza. Me comentó que una de sus vacas requería de mi intervención. Al preguntarle sobre lo que le notaba, me dijo muy seguro que la vaca estaba «INTREPETÁ». Por miedo a demostrar inexperiencia, lo dejé así. Al reconocer al animal, diagnosticué una reticulitis por cuerpo extraño (lo que llamamos «vaca alambrada»), resolviéndose favorablemente. Al poco tiempo me volvió a avisar y le pregunté: ¿otra vaca «INTERPRETADA»? Me miró con benevolencia, como perdonando mi inexperiencia, y me corrigió: querrá usted decir «INTREPETÁ», ¿no?

María José

Historia 1

Los «bultos misteriosos». Estando de urgencias no presenciales me llaman por teléfono, un chico muy preocupado: mire, es que nos hemos asustado porque le hemos encontrado a mi conejo unos bultos grandes que le han aparecido de forma repentina. Pregunto dónde se encuentran y me dice que cerca de la cola, a lo que le pregunto: ¿es un macho? Y me dice: sí, eso me dijo el veterinario. Y le digo: ¿son dos bultos iguales, del mismo tamaño, uno a cada lado de la ingle? A lo que me responde que sí. Le comento que eso son los testículos y me dice: no, no, hombre, imposible. Le comento: coge un móvil y, por favor, escribe en Google «testículos conejo», y mira las imágenes. Hace lo que le digo, se hace un silencio, y se escuchan de fondo tremendas carcajadas de él y la novia. Y me dice: ay, madre mía, sí que son los testículos, qué vergüenza, muchas gracias (y cuelga).

María del Carmen Llorens Artaza

Historia 1

Las veterinarias que nos dedicamos a la rehabilitación tenemos la suerte (a veces) de pasar mucho tiempo con nuestros pacientes y sus familias, y cuando encuentras a gente afín, en la que las conversaciones son interesantes, en la que conoces a su familia, el trabajo se hace más fácil. Si además eres madre y te encuentras con otra madre trabajadora intentando conciliar y cuidar, es fácil ponerse una en el lugar de la otra. Cuando la familia de Limo venía a la clínica, además de hacer todo lo posible por mejorar la calidad de vida del animal, un perrete geriátrico con problemas de movilidad, intentaba que los niños de 3 y 4 años que a veces venían no se aburriesen demasiado. Después de varias consultas, les gustaba venir, y les encantaba ponerse las gafas molonas cuando le aplicaba la terapia láser a Limo. Tras varios meses la familia se mudó; por suerte Limo estaba mucho mejor, pero antes de irse nos enviaron un vídeo en el que Miranda «curaba» a su peluche con el láser y las gafas molonas como nosotras hacíamos con Limo. Todo esto nos hizo reflexionar y encontramos una frase que nos encantó: «La mayoría de los niños oyen lo que dices, algunos hacen lo que dices, pero todos hacen lo que haces. La palabra convence pero el ejemplo arrasa». Seamos mejores ejemplos para el mundo, como veterinarios y como personas.



Historia 1

Cuando montamos el centro de rehabilitación (Reanimalia), sabíamos que queríamos ofrecer un servicio único y personalizado. Lo que no nos podíamos imaginar era... ¡que una familia se fuese a mudar desde Ibiza a Cádiz para que tratásemos a su animal! Cuando Bego nos contactó, estuvimos más de 40 minutos hablando con ella. Había buscado veterinarios especialistas en rehabilitación por internet, pero no fue hasta que nos encontró a nosotras que «sintió un chispazo importante». Nos contó con todo detalle la enfermedad y nula evolución de Thai, un labrador de 12 años, con artrosis brutal en codos y caderas, y que se había complicado con una hernia discal no intervenida. Le explicamos bien cómo trabajábamos de manera multimodal, siendo sinceras sobre la complejidad del caso y el trabajo que requería. Pero podíamos ayudarles si estaban dispuestos. Y por lo visto, la conexión tras la llamada fue real, porque en un mes estaban dejando su casa y vida en Ibiza y viniendo a Conil, desde donde se moverían hasta Cádiz para tratar a Thai 3 veces en semana. No fue un camino corto, ni fácil. Álex, Bego y Thai tuvieron que mudarse de casa y localidad unas 4 veces, vinieron hasta en coche de alquiler por una avería, se dejaron la espalda e invirtieron todo en la salud de Thai, que se complicó hasta con una insuficiencia renal. Pero lo conseguimos, al comprometernos todos al 100%. Álex y Bego se quedaron en Cádiz los 6 meses que hicieron falta. Huelga decir que en ese tiempo nos hicimos amigos, compartimos confidencias, trabajo duro, ¡y hasta Bego se formó como auxiliar de veterinaria en otro centro, y luego en auxiliar de fisioterapia con nosotras! Así, en marzo de este año, pudimos dar el alta total a Thai. Un labrador de 12 años, sentenciado por otros, y que con todo el amor y la insistencia de su familia pasó de arrastrar las patas y ser incontinente, a un perro feliz que vuelve a correr por las calas de Ibiza.



Historia 2

Seguro que hay mil anécdotas e historias de cómo pasamos todos la pandemia de COVID en 2020, pero aquí va mi historia como veterinaria especialista a domicilio que era en esa época. Me dedico a rehabilitación y ortopedia por impresión 3D a medida. Obviamente, al confinarnos y trabajando yo en casas particulares o clínicas en ese momento, cesé mi actividad, aunque sí mantuvimos nuestro servicio de ortopedia a distancia para todo el que necesitase prótesis o férulas. Sin embargo, en el caos del momento, encontramos y rediseñamos un patrón de mascarillas realizadas con impresión 3D, que sacamos para nuestro propio uso. Al ir con ella en una de esas salidas de aventura al supermercado, me paró una mujer que trabajaba de enfermera en el Hospital Puerta del Mar para preguntarme dónde la había conseguido. Al explicárselo, se maravilló ante la necesidad que tenían allí, y pidió si podíamos sacarle algunas. Tras pasar el filtro de la dirección del hospital, nos pidieron remesa para una planta de enfermería, a lo que, de manera altruista (y entretenida en ese momento, todo hay que decirlo), trabajamos mi pareja y yo durante el primer mes y medio de confinamiento, noche y día. Atrás quedan esas mascarillas tipo Robocop con filtro de algodón, pero hasta el propio personal de enfermería sucumbió a los inventos que iban saliendo para ayudar ante la incertidumbre, y de los que fuimos partícipes.



Historia 3

A propósito de la pandemia por COVID, y trabajando como rehabilitadora a domicilio, podéis imaginar la cantidad de situaciones aleatorias cuando volví al trabajo presencial... En los (afortunados) domicilios que contaban con jardín o patio, la tónica era abrirme la puerta y volver corriendo a su refugio, mientras el pobre paciente se quedaba fuera conmigo y me contaban la evolución desde la ventana. En los hogares en edificios, solían dejar un cuarto vacío con bien de desinfectante y limpiaban bien a su mascota cuando yo me iba. En clínicas, la cosa era más natural porque dejaban al paciente y volvían a la hora a por él. Pero el colmo lo tenía en una protectora de la sierra de Cádiz, en la que me adecentaron para mis sesiones nada más y nada menos... ¡que una furgoneta! Y me iban trayendo a los pacientes para su fisioterapia, dando dos golpes en la puerta del copiloto cuando estaba listo. ¡Todo un recuerdo apocalíptico!

Historia 1

Corría el año 1986 y estaba de veterinario titular de Paterna de la Rivera. Tenía 26 años. El sueldo oficial era muy corto, unas 50.000 pts de la época (300 euros), y nos ayudábamos haciendo guías de transporte de animales; pero como el término municipal de Paterna era muy pequeño, el censo de animales también era reducido, por lo que los ingresos por guías sanitarias eran también escasos. Con este panorama, había que hacer clínica de pequeños animales a domicilio y clínica de todas las especies en el campo, para poder subsistir. Era todo el día en el coche, de un rancho a otro y de una finca a otra. Hacíamos partos, vacunaciones masivas, incluida glosopeda y peste equina, cirugías, clínica, castraciones, cesáreas, etc., etc., de todo. Te montabas en el coche a las 7 de la mañana y te bajabas a las 10 de la noche, incluidos sábados y domingos, y nunca había vacaciones (del viaje de novios me tuve que volver). En aquella época, aunque éramos independientes, trabajé en equipo con mis compañeros de promoción Antonio Lucero y Francis Lira. Pues bien, coincidió que empezaba la técnica de la castración de équidos en estación, sin necesidad de tirarlos al suelo, pues algunos se lesionaban del porrazo que pegaban al caer. Francis Lira fue el primero que empezó a utilizar esta técnica. Castrar los caballos en pie en 1986 era una técnica novedosa que daba prestigio profesional y los propietarios de los animales se quedaban asombrados. Yo andaba detrás de Francis para que me enseñara la técnica. Un día me llamó un gitano de Benalup para que le castrara tres borricos, y me dije «esta es la mía». Llamé a Francis y quedé con el gitano a los dos o tres días para castrar los burros. El día de la castración nos presentamos Francis y yo en el rancho del gitano. Le comenté al viejo gitano que le íbamos a castrar los burros en pie sin necesidad de tirarlos al suelo, y este empezó a soltar carcajadas mezcladas con improperios hacia nosotros, diciéndonos que «ezo e impocible». PRIMER BURRO. El animal en pie, algo sedado para que no se tumbara, solo cogido por una jáquima que sujetaba el gitano. Francis y yo, por detrás del asno, le separamos las dos patas al burro, desinfectamos el escroto y procedimos a inyectar «xilocaína de laboratorios Ovejero» en cordones espermáticos y escroto.

«Jefe, vamos a esperar 5 minutos que le haga efecto el anestésico y ya va a estar el primero castrado». El gitano murmuraba y se reía de nosotros pues seguía desconfiando absolutamente de nuestra novedosa técnica. Pasados los 5 minutos, me adentré metiendo la cabeza entre las dos nalgas del burro, y acerqué el bisturí a la fina piel del escroto para seccionarla. Nada más sentir el animal la cuchilla en el escroto, se apoyó en las dos manos y, rebuznando, levantó las dos patas a la vez y me pegó dos patadas sin parar de rebuznar que llegué revolcado por el suelo a varios metros, yo por un lado y el bisturí por otro, que se perdió para siempre. Yo me levanté como pude, lleno de polvo, desollado por todo el cuerpo y con un fuerte dolor en las costillas... Aquello no era un gitano, parecía que se había tragado a Milikito, no podía parar de reírse murmurando «¡jise lo dije a usted, se lo dije a usted!!, ezo e impocible» decía el cabrito llorando de risa. Francis, que también se reía el cabrón, me decía «quillo Peti, ¿qué te ha pasado?». «Tú sabrás con tus nuevas técnicas», le contestaba yo. La solución al enigma no tardó en llegar. Nos fuimos al maletero del coche los dos, y descubrimos que los botes que habíamos usado como anestésico para cordón espermático y escroto eran de ¡¡VITAMINA C!! que eran azules, de Ovejero, de 25 CC, idénticos a los de xilocaína. Cogimos la xilocaína verdadera, anestesiarnos de nuevo al burro y así castramos los tres asnos, y ahora los que nos reíamos éramos nosotros del gitano, que no daba crédito a lo que había visto. Cosas que pasan... al que no le pasa es al que está en su casa sentado.

Lourdes Bordallo Álvarez

Historia 1

Esta historia que voy a contar la recuerdo con cariño porque entonces éramos muy jóvenes, la protagonista era una yegua —estudié esta carrera por los caballos— y porque tiene final feliz. A los seis meses de aterrizar en la OCA del Campo de Gibraltar, en el mes de octubre del noventa, se declaró la peste equina en Andalucía, se prohibió la salida de équidos a otras comunidades autónomas, y entramos en pánico. Era nuestra primera epidemia en la comarca y nada menos que en caballos... con los particulares personajes que ya íbamos conociendo. Se declara el confinamiento, la vacunación obligatoria, el marcado de la X con hierro en la espalda, la tarjeta sanitaria equina (tarjeta verde), el registro de todos los équidos, controles continuos a las cuadras... y se determinan los puntos de vacunación, días y horas para acudir con los caballos al punto de vacunación. Una perfecta locura, puesto que nos pilló sin registro de explotaciones ni de équidos ni de propietarios... no teníamos idea dónde ir a buscarlos. En esos días me llamó un antiguo conocido porque a su mujer le habían robado su yegua cuando pastaba en su jardín, muy cerca de la casa, muy visible desde los ventanales... Su mujer era una jinete muy reconocida y permanentemente incómoda con las molestias que la OCA le ocasionaba; sus protestas subieron al infinito con la obligación de tener que, nada más y nada menos, ponerle una X deapestada. Por su parte, la yegua era un ejemplar con una entrada de pechos y una altura a la cruz impresionantes, capa baya, y su nombre —Bellota Dorada— que hacía honor a su precioso pelaje, un animal magnífico. Se trataba de una yegua de competición de salto con la que acudía a los campeonatos internacionales y conseguía muchos premios. Pues bien, sin mucha esperanza, pero con mucho interés, en la OCA nos pusimos a la tarea de encontrar a la yegua y mandamos su reseña, que por cierto mencionaba, cómo no, una pequeña cicatriz en una mano, y que recuerdo la dueña se mosqueó porque no quería que la destacáramos... junto con una cartita a todas las OCAs de Andalucía. A los pocos días me llama mi querido compañero Miguel Pina, hoy director de la OCA de Cazalla de la Sierra, Sevilla, que la yegua estaba allí ¡jij!, que cuando iba controlando las marcas X en las cuadras de los tratantes, al fondo de una fila de burros y mulos escuálidos, vio una mole que le llamó la atención, se acercó, llevaba la reseña en la mano ¡y se fue directo a buscar la cicatriz!... era Bellota Dorada. Mi amigo, el marido de la jinete, se puso contentísimo y muy agradecido; su mujer, a pesar de que la yegua era como su hija según palabras de mi amigo, no me dio las gracias. No sé si porque no quería tragarse su orgullo, o porque la Junta había frustrado su plan de librarse de la cruz, a las dos... Por mi parte me quedé muy a gusto, la Junta había hecho un buen y bonito trabajo del que siempre me he sentido orgullosa. Un saludo, L. Bordallo.

Marina Blanco Benítez

Historia 1

Como ustedes saben, los veterinarios llevamos años luchando contra la leishmania, una enfermedad que aquí en Cádiz tiene una alta prevalencia. Pues bien, un día en la clínica, una señora me pidió que vacunara a su perro contra la «lesbianosis».

Historia 1

Los veterinarios no vemos todas las especies. Finalizaba mi anterior consulta y, mientras escribía en la historia clínica con mi ordenador, irrumpe en la consulta un señor...

—Buenos días.

—Buenos días —respondo desviando un segundo la mirada para continuar escribiendo.

—Ayer, mientras paseaba a mi perro, otro perro se acercó y me mordió... —dice el señor, mientras escucho un tintineo de fondo. Rápidamente me giro hacia él y veo que está abriendo su correa y bajándose la cremallera.

—¿QUE ESTÁ HACIENDO USTED?? —pregunto ya tarde y ante la sorpresa de que aparece ante mí su glúteo izquierdo.

—¿Es grave, señorita??

—¡Tápese el culo, señor, y vaya al médico, por favor!

—Solo quería saber si era grave..., ¿le debo algo por la consulta?

Dos veterinarios de la Sierra

Historia 1

Para los dos veterinarios que suscribimos estas letras, la Sierra supuso la confirmación de una amistad, que empezó en las aulas de la Facultad (aunque uno de nosotros era mayor que el otro) y que se acrecentó perdurando hasta la actualidad. Los años 80 fueron la última época de la antigua veterinaria rural. Época en la que había que ir a ranchos aislados en medio de la Sierra, a atender una urgencia en los «vehículos» más rápidos para aquellos caminos de montaña, los mulos. Recorríamos caminos y paisajes maravillosos. Había uno en especial, una antigua calzada romana, entre Villaluenga del Rosario y Benaocaz (La Tallisca). U otro que era subir, casi escalar, por pedrizas de 300 millones de años para ir a tratar una piara de cabras de «ubrería negra». Época en la que los veterinarios no solo tratábamos a los animales, sino que también asesorábamos a los propietarios y familias sobre algunos problemas de salud. Como el caso de un pastor al que le «cagó la mosca» en pleno verano. Estaba rabiando de escozor, con gran inflamación y enrojecimiento, y me preguntó: ¿si esto le hubiera pasado a una oveja, ¿qué le pondría? Yo le contesté que, en principio, lo único que tenía en las alforjas era una pomada ocular con corticoides. Se la enseñé, me la cogió y se la puso. Yo me eché las manos a la cabeza, pero fue mano de santo. Al día siguiente tenía dos pastores en mi casa para comprarme la pomada milagrosa para las «cagadas de la mosca». Naturalmente los mandé al médico, al que tuve que explicarle después que era una puesta de larvas de miasis cavitaria, porque él lo de la «cagada» no lo entendía. Aquellos años fueron también los años del compañerismo. Nos sustituíamos unos a otros cuando alguno se ausentaba y el aviso lo cobraba después el titular. En la Sierra nos reuníamos todos los veterinarios para hablar de problemas comunes, resolvíamos dudas preguntando a los compañeros y aprendíamos escuchando anécdotas, historias y experiencias de los «mayores». Queremos tener un recuerdo especial con el «decano» de la Sierra, Don Juan Soto, persona entrañable y excelente compañero. Recordamos sus anécdotas, como la de la maceta, que, lamentándolo mucho, no podemos contar. También fueron años de bisoñez y de candidez. Como el caso en que fuimos muy temprano a hacer el reconocimiento previo a una novillada en El Bosque. En el desencajonamiento

detectamos que uno de los novillos no veía. Se lo comunicamos al empresario y a la Guardia Civil. El empresario nos dijo que mandaba inmediatamente el camión a por un nuevo novillo. Pasaban las horas y el camión no llegaba. Nos tuvimos que quedar a comer allí. Y justo cuando iba a empezar el espectáculo, el camión llegó. Ya no daba tiempo a proceder al reconocimiento y se nos dijo que iba directamente del camión a la plaza. Pues bien, el primer novillo que salió fue el ciego y se toreó con bastante riesgo para los novilleros y banderilleros, pero, gracias a Dios, no ocurrió nada. Menos mal que no se devolvió a los corrales, puesto que el cajón del camión estaba vacío. Os podéis imaginar el enfado que teníamos, y le dijimos al empresario que nos tenía que pagar nuestros honorarios y la comida que nos había obligado a hacer. Una vez terminado el espectáculo, el empresario nos empezó a llorar que había hecho muy poca caja y no solo no nos pagó los honorarios ni la comida, sino que le tuvimos que dejar dinero para que echara gasolina para irse a su casa. Dinero que nunca recuperamos, a pesar de verlo todos los años, ni por supuesto los honorarios. Vivimos esa última época romántica con alegría e ilusión y hoy, al cabo de los muchos años, todos la recordamos con añoranza y cariño: a nuestros compañeros, nuestros ganaderos y a nuestros animales, porque eran NUESTROS.